

LA LENGUA CASTRADA

Juan Pedro García

I

Uno se ve obligado a sonreír —yo al menos debo así reconocerlo— ante la ingenuidad y, al mismo tiempo, la profunda radicalidad con que algunos autores enfrentan las más complejas cuestiones filosóficas. Pocas veces, por ejemplo, la filosofía ha sabido explicar de forma tan sencilla y, por lo mismo, tan escandalosa, las sutiles relaciones que se establecen entre los ámbitos del saber y del poder, como lo ha hecho la dislocada escritura del Renacimiento. La cuestión, por supuesto, no ha sido ajena al pensar de los más reputados pensadores: ya Sócrates sabía que el ejercicio del poder va siempre unido a una determinada forma de control de la palabra, y después de él el mismo tema ha sido retomado en incontables ocasiones. Con todo, repito, uno se sorprende de la facilidad con que las cosas son planteadas en los textos más insospechados.

Releyendo estos días esa maravilla de la literatura y de la filosofía que son los *Diálogos de amor* de León Hebreo, acabo encontrando el mismo texto que tantas veces ha provocado mi estupor. Argumenta nuestro autor acerca de las semejanzas que surcan la naturaleza entera, para terminar concluyendo que el hombre es un cosmos dentro del cosmos, semejante a él tanto en organización como en funciones. El orden de las semejanzas, además, es prolongado en el texto a todos los ámbitos del ser: así, en el hombre mismo, el rostro no es sino la imagen del cuerpo. Pues bien, en medio de tan enjundiosa argumentación puede leerse: «El corazón y el cerebro son en el cuerpo lo que los ojos en la cabeza; el hígado y el bazo,

como las dos orejas; los riñones y los testículos, como los dos orificios nasales. El pene se asemeja a la lengua, por posición y forma, por extenderse y retraerse; está colocada en medio de todos, y así como el pene al moverse engendra generación corporal, la lengua la genera espiritual al expresar teorías, y produce hijos espirituales al igual que el pene los produce corporales, y el beso es común a ambos, el uno para incitar al otro. Al igual que los demás miembros sirven a la lengua para conocer, y ella es el fin para captar ese conocimiento, todos los otros auxilian al pene en la generación, en la que consiste su fin. Así como la lengua está colocada entre las dos manos, que son instrumentos para llevar a cabo lo que se conoce y se habla, el pene está colocado entre las piernas, instrumentos del movimiento para acercarse a la hembra que recibe».

II

Las palabras son el vehículo de la creación espiritual. La lengua genera teorías; tal es la naturaleza de ese órgano retractil. Sin embargo, por eso mismo, nada puede extrañar al lector de *La Misna* el comprobar cómo «el que pronuncia el nombre de Dios con todas sus letras» tiene vedado el acceso al reino de los cielos. La creación —espiritual o no— está reservada a unos cuantos. Sólo Dios puede transformar en carne el verbo. La lengua genera teorías y, por eso mismo, el ejercicio del poder exige el control y el monopo-

Balayez balayez partout mon ombre et ma paille.

Vents de miséricorde balayez.

Mon souffle et ma parole.

Louis Aragon (*Les Chambres*)

lio de la palabra. La lengua genera teorías y, por eso mismo, se hace necesario establecer lo que no puede decirse. La completa identificación de los ámbitos del saber y del poder, así, es puesta de manifiesto con la inmediata delimitación del marco de lo decible; sólo puede decirse lo que el poder permite que sea dicho —que se lo pregunten a los trabajadores de «El Independiente»—. Nada, pues, más imposible que la palabra autónoma. Nada más malintencionado que hablar de libertad de expresión.

La lengua, desde los más remotos tiempos, ha sido recubierta de un material denso e incómodo que dificulta la propagación de las «semillas del mal» y, justo es reconocerlo, la protección ha sido eficaz: pocas flores —aunque hermosas— han surgido de tal simiente. Sólo queda, por si el elemento preservador falla, encontrar un profiláctico que aisle al oído de cualquier contagio indeseado. El problema, con todo, está en vías de solución: bastará saturar los tímpanos con palabras huecas para que sean irreconocibles las cargadas de sentido. Bastará identificar al intelectual con el charlatán de feria. Maravilla de las semejanzas que todo lo signan: leo en el periódico —otra tumba de la palabra, aunque no sea la más profunda— que los «científicos» acaban de inventar el preservativo femenino. Los tiempos se han cumplido. Como León Hebrero diría, «la hembra que recibe» puede ya «recibir» sin peligro. Los chicos de La Polla Records lo tienen muy claro: «herpes, talco y tecno-pop» es ahora el único eslogan posible; lo dicen también de otra manera: «ya no hay donde huir».

III

La lengua nuestra, esa de la que hablamos, está definitivamente castrada. Quizá, además, esté bien que así sea: si no existe palabra autónoma, si la palabra es ya sólo el modo en que el poder se expresa, toda creación es —y no puede ser otra cosa— generación de efectos de sometimiento. La única revolución posible es el silencio. La creación es imposible: queda sólo aprender a callar definitivamente; queda, de vez en cuando, leer un libro.

Uno empieza a entender, finalmente, qué quería decir eso de que pensar sólo es posible separándose de la última orilla. También empieza uno a darse cuenta de lo radical que es Platón cuando dice aquello de que «los que filosofan en el recto sentido de la palabra se ejercitan en morir, y son los hombres a quienes resulta menos temeroso el estar muertos».

